

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Anteayer, fué atropellado por un automóvil un niño de corta edad, quedando con una pierna fracturada y semivivo. El *chauffeur* salió en libertad. Se reconoció que no tenía culpa ni responsabilidad de ninguna clase.

Y, en efecto, tal sucede las nueve décimas partes de las veces que ocurren en Madrid atropellos de automóviles, y aun de coches, y hasta de carros.

Como los niños viven en el arroyo, dedicados a estorbar a los transeúntes y a ensayar una precoz afición taurina con cuantos vehículos encuentran, en vez de huir y resguardarse en la acera, se precipitan al paso de los automóviles especialmente, y éstos no pueden evitar hacer desgracias.

El arroyo, en otros países, es para los vehículos, y los transeúntes a pie no lo utilizan sino para cruzar de una acera a otra.

Y no cruzan, en las calles concurridas, sin que un guardia alce el bastón corto, y suspenda la circulación de toda clase de carruajes, ceremonia que se realiza cada cinco minutos.

Así, las contingencias de aplastamiento se reducen a lo mínimo.

En Madrid es delicioso el desorden y seductora la barandina.

A veces se pasa una persona un cuarto de hora, en la bocacalle de Alcalá, esperando un huequecillo para poder atravesar sin ser convertido en tortilla.

En cambio, los peatones llenan el arroyo, y ni se toman el trabajo de desviarse cuando se les viene encima el tranvía o los «*po, po*», así lleguen campaneando o bocineando con furia.

Por el arroyo transitan con la mayor calma, con más calma que por las aceras, metidas las manos en los bolsillos, mientras los chicos (¡oh dulces juegos de la infancia!) se entretienen en pasar de muleta y poner banderillas a todos los coches, o en echarles disimuladamente entre las ruedas una lata o un aro de fleje de hierro...

Y ¿qué diremos de cuando se agarran a la trasera, lo mismo que monos, y allí se mantienen en equilibrio, dando volteretas de vez en cuando?

¿Y qué, de la efusión religiosa con que pasan la diestra por el barniz de portezuelas y costados, tomando así posesión de lo que codician?

Porque conviene reconocerlo: para explicarse esta atracción misteriosa que los coches ejercen sobre los chiquillos hay que reconocer que es malsana; es el cebo del lujo, de una vida diferente de la de sus hogares, lo que lleva a las criaturas a manosear los automóviles, y a lanzarse bajo sus ruedas, como se lanza a la luz la mariposa...

* *

Y el automóvil, el día en que acabe de inventarse (por ahora está a medio inventar, no cabe duda), dejará de ser artículo de lujo, y se pondrá al alcance, no diré que de los golfos callejeros, pero de las fortunitas modestas, como creo que ya sucede en los Estados Unidos.

Por aquí, gran parte del aparato de artículo de lujo que reviste el automóvil, es debida a desquiciamientos.

Yo no entiendo por qué un *chauffeur* ha de costar tres veces lo que un cochero.

Se llenan la boca con decir que son «mecánicos», pero ninguno de esos mecánicos sabe construir las piezas que se inutilizan en el artificio, y su mecánica se reduce a saber montar y desmontar el vehículo que manejan.

Todo ello no está muy por encima de la habilidad

común de los cocheros, que también, para poder llamarse tales, tenían que entender su coche.

¡No es suficiente lo que hacen los *chauffeurs* para justificar esos sueldos superiores a los de la inmensa mayoría de los funcionarios del Estado, de los militares, y no hay que decir si de los curas párrocos!

Así se comprende que el *chauffeur* de unos opulentos señores, en una capital de provincia, pasase por uno de los mejores partidos, y no pocas señoritas se comiesen los dedos tras él. Verían dichas señoritas que un abogado o un oficial del Ejército, después de largos estudios y esfuerzos para seguir costosa carrera, no tiene asegurado el pan, y echarían sus cuentas, como es natural y lógico.

Entra también el lujo en los accesorios del automóvil, que todos son caros, como es cara la bencina y la grasa. Además, la construcción de los automóviles no consiente poder saber exactamente lo que se gasta, y deja al dueño a merced del conductor.

Puede considerarse duplicado el coste del automóvil, que, lo repito, debería ser el más barato de los medios de transporte. Dicen, sin embargo, que es facilísimo guiar, y muchos señoritos, sin ir a Universidad alguna, lo hacen a la perfección.

Hay que alimentar la esperanza de ver substituidos por camiones automóviles, esos lentos carrárganos de reata que impiden andar por las calles de Madrid, y parecen emblema vivo del atraso nacional.

Otra forma de atraso funestísimo la constituyen los niños sueltos por la calle todo el santo día y acaso toda la noche, cuando debieran estar en la escuela o en la camita.

Se me dirá que acaso no tengan camita esos niños. Yo digo que sí, que la tienen, en su inmensa mayoría, más o menos humilde; pero cama en que pudieran dormir, sin vagar por las calles, que son escuela de hamponería; porque no es posible que tal enjambre de muchachos carezca de padres y casa donde recogerse.

Es un estado social deplorabilísimo, el que representan los millares de criaturas, abandonadas como animalitos, como si a nadie interesase su educación, su moralidad y su existencia...

¡Triste y terrible problema! Valdrá más no pensar en él ya que no está en nuestra mano solucionarlo. Pero algo cabría hacer, imponiendo multas a los padres que dejan a sus hijos por las vías públicas, expuestos a hacerse aplastar, y buscándolo.

* *

Se han cerrado las Cortes.

No es mal dolor de cabeza el que se le quita al Gobierno.

En efecto, gobernar con las Cortes abiertas va haciéndose cada día más difícil. Es un arco de iglesia.

Hoy no existen aquellas disciplinadas mayorías de antaño. Con las divisiones innúmeras y los atomísticos fraccionamientos, cuando el Gobierno quiere apoyarse en la mayoría, se encuentra con que se le va de entre las manos, deshecha en polvo.

Así es que los Gobiernos temen cada vez más a las Cortes...

Y doblemente las temen, en las críticas circunstancias actuales, cuando el porvenir de Europa, en vez de aclararse, se muestra cada día más sombrío y amenazador.

Ha llegado la hora de que nuestra pobre pesetilla gane en el cambio, mientras pierde la moneda de los otros países...

Esto pudiera parecer un símbolo, pues nosotros debíamos en efecto, salir ganando con esta guerra, ya que podemos mantenernos neutrales.

La ganancia más efectiva sería, aprender y aplicar las lecciones que de ella se desprenden, y que no es fácil concretar en breves párrafos.

Y dudo, además, que tal aprendizaje quepa en nuestro temperamento imprevisor, enemigo de la atención y la concentración de pensamiento.

Probablemente de la guerra nada material ni moral sacaremos en limpio. Gracias que nada perdamos, que ningún disgusto tengamos que lamentar.

* *

Las noticias acerca de la pierna de Sara Bernhardt han sido tan contradictorias, que no faltó quien supusiese que la famosísima trágica, viendo cómo la guerra lo absorbe todo y lo hace olvidar todo, se buscaba un gigantesco reclamo suponiendo una amputación que no existía.

Todavía no falta quien sostenga esta tesis, que me parece folletinesca.

Lo que no comprendo es por qué Sara ha preferido la mutilación a la inmovilidad de unos meses,

sobre una *chaise longue*. Toda contingencia es preferible a la mutilación, y más tratándose de una mujer que, a pesar de sus muchos años, todavía arrancaba aplausos con su arte, y encarnaba personajes jóvenes, sin chocante impropiedad.

¡Las piernas de Sara! Eran muy bonitas, por lo largas y derechas, cualidades que no suelen tener las de la mayor parte de las mujeres. Así, su andar poseía un ritmo, una gracia propia.

Recuerdo lo juvenil de las piernas de Sara en *El Aiglón*. Hace falta una arquitectura especial de formas, para que una mujer de bastante más de sesenta pueda caracterizar el personaje del Duque de Reichstadt, casi un adolescente, de gentil y melancólica figura.

Difícultó que ni otra actriz ni otro actor vuelva a darnos un duque de Reichstadt tan interesante. Y evoco el balanceo de las finas piernas calzadas de seda y enfundadas en el blanco calzón de casimir, sobre el brazo del sillón donde el abuelo, «el viejo Emperador» deja un momento desbordarse el cariño hacia el nieto, hijo del soldado de fortuna...

Todo ello me aumenta la pena de saber que han cortado una de esas piernas nerviosas y bien modeladas, y al suponer que Sara no volverá a pisar la escena con su único pie. Son capaces de escribirle papeles que pueda desempeñar sentada... Porque los franceses, hay que reconocerlo, cultivan asiduamente el huerto de su gloria. No sólo lo cultivan, sino que imponen sus productos al mundo entero.

Yo no era incondicional admiradora de Sara; la encontraba algo enfática, algo afectada declamando, y la afectación es el peor defecto; pero me hubiese guardado de decirlo en París, como no fuese en gran confianza.

Habían hecho de Sara un dogma... Y claro es que, tal cual era, debemos lamentar la desdicha que la inutiliza, si no en lo mejor de su carrera, en su todavía refulgente ocaso.

* *

La personalidad de Sara fué original, saliente, curiosa. Fuese que su naturaleza la indujese a ello, fuese que conociese profundamente el modo de ser de sus contemporáneos, Sara supo tener siempre fija la curiosidad de París, y por ende la del universo, en sus excentricidades y caprichos de todo linaje. Cuanto la rodeaba se teñía del mismo cambiante color, sucediendo una rareza a otra, y siendo todo ello extraño y comentable.

Hay muchas personas que son raras para sí mismas, o para un pequeño círculo; Sara lo era para ambos continentes, y quién sabe si, en el fondo, no era más que una práctica burguesa, que, repito, entendió bien a la generación en que le tocó vivir.

Desde el famoso ataúd acolchado en que dormía (?) hasta el león que traía suelto (aunque ambas cosas se acepten sólo como leyendas), todo fué en Sara la encarnación misma de eso que se llama la *pose*, y que acaso es la quinta esencia de un aspecto de la mentalidad francesa, como el traje encarnado de Juan Richepín, y las pretensiones de mago del Sar Péladán. Cosas que por aquí no sólo se ignoran, sino que nos matan de risa cuando las averiguamos.

España será lo que ustedes quieran, pero no *pose*; ni consiente que nadie lo sea.

En suma, Sara logró alborotar el cotarro, y tener más nombre del que tendría, si se limitase a representar lo mejor que pudiese, y luego se recogiese a su casa, no a dormir en un féretro, o hacerlo creer, sino a rebujarse entre unas mantas y entre unas honradas sabanitas de lienzo. La extravagancia fué para Sara un instrumento del trabajo, como otro cualquiera.

Una vez que vi cómo se vestía, para *Teodora*, noté que la doncella le presentaba, en una bandeja, no las sortijas con las cuales había de enojarse las manos, sino más de trescientas o cuatrocientas sortijas diferentes, todas magníficas. Era evidente que la actriz quería enseñar su sortijero, pues para el papel, bastaba que le trajese la que habitualmente lucía en la escena de recepción de los Embajadores.

Y así fué siempre Sara, lo cual no quita para que deploramos la desgracia que sufre, y que debe llorar el Arte.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.